

Hola, ¿quién habla?



*Gabriel Reches**

A principios de 2017, en los albores del régimen dictacrático de Mauricio Macri, ya naturalizado y hasta festejado el declive de la producción audiovisual argentina por parte de estadistas del periodismo como Alejandro Fantino y Jorge Lanata, tomé unas horas como docente en la entonces Tecnicatura en Medios Audiovisuales de la UNPAZ.

Los proyectos de películas y series de los que participaba morían ahogados o agonizaban debido a la crisis productiva inducida desde el Estado. Mientras, frente a un grupo de 30 personas desconocidas, en una sede temporaria de la UNPAZ que usaba como locación un edificio de la UTN, ya pasada la primera jornada con un empate técnico entre expectativas y logros, me disponía a caminar hacia la estación del Ferrocarril San Martín cuando la voz de un estudiante que más tarde se me haría inconfundible dijo: “qué suerte que ahora son ustedes los que vienen para acá”.

Aún hoy perturban esas palabras. ¿A qué se refería? ¿Qué entendía ese estudiante por “ustedes”? ¿Un ustedes construido a partir de qué idea de “nosotrxs”? ¿Qué grupo de extraños para él integraba yo? ¿Qué representaba? ¿El adulto? ¿El Estado? ¿El saber? ¿El linaje progre blanco que vive hablando de territorio, palabra que solo puede utilizar quien se siente forastero?

* Coordinador de la Licenciatura en Producción y Gestión Audiovisual de la UNPAZ.

Junto a él caminaban sus compañerxs: un jubilado amante de la radio que ahora podía estudiar, una ama de casa que había decidido cursar junto a su hijo, la cantante de una banda gótica, un ilustrador de animé descendiente de migrantes, una piba entregada a la cultura comunitaria de su barrio, un laburante automotriz, y así hasta 30.

Raro. La UNPAZ se erigía en una de las zonas más habladas, más miradas por los medios periodísticos y los dispositivos de ficción que habían organizado mi percepción de las cosas. Pero estas personas, junto a las que comenzaba a caminar en medio de la noche, poco tenían que ver con las representaciones que podía formarme de ellas a través de las narrativas dominantes. A veces, el arte, y casi siempre la información, son lo opuesto al conocimiento.

Señalados por los medios como chorros, cortarrutas, ocupacasas, inviabes, drogadictos, planeros, objeto de burla en *Policías en acción* o de compasión bienpensante en *Ser Urbano* y otras aventuras terraplanistas televisivas de la época, un grupo de estudiantes variopinto comenzaba sus estudios y disputaba un sentido para verse a sí mismo.

La tarea, difícil. El conurbano, el noroeste, José C. Paz, doblemente estigmatizado. Una mirada vil pone a quien fuere en estado de sospecha delincuencia. La otra, piadosa y romántica, supone la condición querible del padeciente, lo infantiliza, como si aquí solo quedara padecer, como si el padecer se tratara de una categoría ontológica y no de las consecuencias del freezado de un estado de injusticia que hoy nos llega en boletas que hablan de “cambio” como condición necesaria para construir un país.

A cuarenta años de democracia, si hablamos de medios, la democracia no llegó a todas partes.

Los medios de comunicación (y ¿qué palabra seguiría?, ¿dominantes?, ¿hegemónicos?, ¿reaccionarios?, ¿todos?) de la Argentina ponen en práctica, en el mejor de los casos, una concepción selectiva de la democracia.

En el *frontline* casi siempre hombres, o un varón bien varoncito y una mujer bien mujercita, casi siempre porteños o aporteñadxs, casi siempre blancxs o blanqueadxs, con la virtud de reproducir, amplificar y, por qué no, sofisticar y embellecer los prejuicios y estigmatizaciones que pesan sobre las clases populares o las minorías que pujan por conquistar un derecho, no vaya a ser que varios. Frente a este estado de cosas, otro Estado, el argentino, finge demencia.

La democracia supremacista

Alguna vez hubo una ley. Una ley fruto de reflexiones colectivas, de discusiones con espíritu democratizador. Fue en 2009, cuando promediaba el primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner. La Ley N° 26522 en su redacción original tenía 163 artículos que fomentaban, entre otras cosas, la desconcentración de medios, la legalización y la creación de nuevas señales comunitarias que representarían a organizaciones sociales y pueblos originarios, y una cuota de al menos 60 por ciento de producción nacional en la pantalla.

Una idea de democracia ampliada que permitía imaginar para este momento de la historia nuevas perspectivas de representación, la construcción de un sentido común en disputa, un país cultural y comunicacionalmente más diverso, más complejo, más sano.

La convicción para aplicar la Ley fue –digámoslo– intermitente o desaparece. En los pasillos de la Casa Rosada todavía retumba el eco de una voz masculina que allá por 2012, frente al estupor y la desilusión de muchos de sus compañeros, decía: “esto era para ganarle a *Clarín* y ya le ganamos. Así que ahora no necesitamos hacer nada”.

El presidente dictacrático Mauricio Macri, en 2015, a días de asumir, derogó con un decreto siete artículos de la Ley. Quienes apostaban por la concentración y el monopolio, como se ha visto, agradecidos. Fue sin dudas, un avance muy importante para la nación. Es decir, para *La Nación+*.

Años después, otro presidente, que volvió para ser mejor, pero plim plim plim, no anuló el decreto ni aplicó con vehemencia el resto de la Ley que sigue vigente.

Así las cosas, el gran logro de estos últimos cuatro años fue el de suponer que vivimos en una socialdemocracia comunicacional nórdica, no marcada por la desigualdad flagrante y la segregación. El gesto frecuente fue el de fomentar recomendaciones respecto de cómo los medios monopólicos y concentrados deben dirigirse a minorías que no pueden ejercer en condiciones de igualdad su derecho a articular propios discursos, porque no tienen suficiente espacio ni acceso a formas de producción y circulación. Minorías que, contabilizadas de otro modo, son en realidad mayorías.

No es para sorprenderse, entonces, si vemos que la lógica de los medios corporativos está signada por un sesgo de supremacía blanca que mira a los sectores populares con desdén.

Acaso el crecimiento de los feminismos y la eficacia con que salieron a discutir la agenda pública sí ha logrado, al menos en términos de género, una apertura tendiente a la democratización cuyos resultados nunca serán definitivos, pero representan un avance que, incluso de manera incipiente pero progresiva, discute la hegemonía y hasta la lógica discursiva en el templo por excelencia del macho: el periodismo deportivo.

No basta. Si la realidad no es otra cosa que una construcción o –en el sumun del idealismo aún posible– es una sola pero aparece estallada como fragmentos de un espejo, a eso que en 1810 llamábamos pueblo ya no le interesa saber de qué se trata, sino participar en la discusión pública para, sencillamente, decir de qué se trata. Ese es el verdadero dilema de los medios en esta democracia: quién dice.

Te estamos llamando. Queremos ganar

- Aló, ¿democracia?
- No sé. ¿Quién habla?
- Habla Miguel del Sel.
- Ah, ¡el humorista de Tinelli y Susana Giménez!
- No. El candidato a gobernador de Santa Fe.
- Aló, ¿democracia?
- No sé, ¿quién habla?
- Soy Carolina Losada.
- Ah, ¡Carolina! ¡La conductora de América Noticias!
- No, la senadora nacional.
- Y ahora, ¿quién habla?
- Soy Javier Milei y atrás mío también está José Luis Espert.
- Ah, Milei y Espert, ¡los panelistas que gritan sobre economía!
- No, yo soy candidato a presidente.
- Y yo a senador.

Consumación o consumo

Seguramente sea impreciso, mecánico, binario –pero necesario a efectos de este texto– decir que en estos 40 años de democracia hubo dos fuerzas antagónicas que pugnarón dar una orientación a la política de medios.

Una concibió a la comunicación como un derecho público y apeló a relacionarse con la ciudadanía de las audiencias.

La otra tomó a los medios como un producto de mercado y, desde una lógica comercial asociada a las tradiciones más autoritarias de la política doméstica, creó su propio perfil de público consumidor: un promedio de estereotipos para una experiencia audiovisual empobrecida que devolvió siempre una imagen atrasada e incluso retrógrada de la sociedad argentina.

La primera de estas fuerzas, pagó con sangre y eludió como pudo la censura para enfrentar a los gobiernos militares, defendió la democratización de los medios estatales a fines de los ochenta y durante

los noventa generó un parasistema de radios alternativas y comunitarias, a principios de los 2000 participó de la creación de nuevas señales con contenidos de bien público y luego militó y generó discusiones políticas y culturales que culminaron en la aprobación de una ley de medios de avanzada. La ley que, a su pesar, hoy duerme el sueño de los justos.

En tanto, la otra fue cómplice de la dictadura, fomentó la delación, ensayó pantomimas básicas de arrepentimiento, vació los medios estatales, defendió la privatización de los canales de televisión, luego la creación de multimedios monopólicos y, finalmente, estimuló la compra de estos multimedios por parte empresas transnacionales, el sometimiento del INCAA a la lógica de plataformas y la pérdida absoluta de soberanía audiovisual.

Así que, Houston, tenemos un problema. Y las redes sociales no parecen haber aportado la solución. Lejos quedó la leyenda de que Internet democratizaría el acceso a la información, *Twitter* sería el ágora de una discusión política horizontal y *Youtube* la república de corresponsales de guerra independientes. Hoy, cautivados por algoritmos que deciden por nosotrxs dónde posar el ojo y adormecer el entendimiento, uno de nuestros mayores logros democráticos es no volver a nuestra percepción un zombi tan lleno de *Ticks* como de *Tocks*.

La periferia centro

¿Qué nos queda? Nos queda el desafío. Nos queda la pregunta. Nos quedan, por ejemplo, 15 universidades públicas en el conurbano. Lejos de las casualidades, casi todas fueron creadas en democracia y albergan en su oferta académica carreras de grado destinadas a la comunicación o a la producción audiovisual en alguna de sus variantes. Es nuestro llamado demostrar que esta oferta no ha sido fruto de la casualidad.

Para eso, acaso valga la pena despojarnos del lenguaje que, para dar nombre a lo que hacemos, adopta como automatismo la lógica neoliberal. Cabe preguntarnos, entonces, si articulamos comunicación con la idea de ciudadanía por qué seguimos reconociéndonos bajo el paraguas protector de “industria cultural”. O, en todo caso, si asumimos el término como inevitable, cabe repensar la definición del concepto “cadena de valor”.

Los eslabones de nuestra cadena están hechos de metáforas. En una disputa por definir qué lugar tenemos en el mundo o en qué mundo tenemos lugar, el lenguaje audiovisual es motor de nuevas perspectivas singulares y colectivas de representación. No se trata de negar el mercado, sino de comprender críticamente qué lugar podemos ocupar y por qué vale la pena.

A 40 años de democracia todavía tiene sentido preguntarnos cuál es el lenguaje adecuado para representar quienes somos y qué queremos. Sobre todo, desde el conurbano, desde los enclaves “profundos” de nuestra “provincia inviable”, es lícito pensar la diferencia entre producción y reproducción audiovisual. No estamos aquí para repetir, sino para transformar. Para conocer y refundar las leyes de nuestro lenguaje, que a la noción sometida de borde y límite se sobreponga la idea de una nueva centralidad.

Desde estas nuevas centralidades, condenadxs al éxito, habremos de pelear frecuencias, subsidios, leyes de mecenazgo, presupuestos. Desde estas nuevas centralidades, también en una lucha desigual, valdrá la pena tender puentes con el “mercado” sin perder de vista quiénes somos, de dónde venimos, para qué estamos.

Para que la frase pronunciada hace unos años “qué bueno que ahora ustedes son los que vienen acá”, adopte la concepción de un nuevo acá y un nuevo nosotrxs.

- Aló, ¿democracia?

- ¿Quién habla?

- Somos estudiantes, graduados y docentes de la Licenciatura en Producción y Gestión Audiovisual de la Universidad Nacional de José C. Paz. Sí, José Cuchillo. Desde *Contornos del NO* queríamos decirte que estamos hablando, y queremos decir de qué se trata.